

II DOMINGO DE ADVIENTO C/2006

Nuestro Dios es Dios de salvación y de consuelo. Él trae su salvación a cada uno de nosotros quienes lo necesitamos y esperamos en su amor. Todas las lecturas de este domingo hablan acerca de la intervención de Dios en la historia humana que nos trae su salvación al mundo.

En la primera lectura, el profeta Baruc anuncia para Jerusalén de parte de Dios su presencia y consuelo. El tiempo de dolor y miseria sea terminado. Ahora es el tiempo de gozo y alegría, un tiempo de paz y justicia, donde toda la tierra verá la gloria de Jerusalén, y donde Dios juntará a todos los hijos dispersados de Israel del Este y el Oeste del mundo. Jerusalén recibirá un nuevo nombre y volverá a hacer una tierra de adoración y de paz para todos los pueblos. Todos sus hijos volverán y se gozarán de la belleza de su tierra y de la generosidad de su Dios.

Como Dios viene, ¿qué hará su pueblo? Ellos deberían preparar para él un lugar en sus corazones y en sus vidas. De ahí que, los símbolos poderosos que el profeta usó para invitar al pueblo de Israel a bajar la montaña alta y nivelar la tierra de modo que ellos puedan andar seguros en la gloria de Dios. Lo que el texto enseña, en otras palabras, es que para llegar a conocer la transformación y la mejora de nuestra situación, debemos dejar a Dios que aplane las montañas y los acantilados, que llene nuestros valles que nos tienen alejados de Él y lejos de nuestros hermanos y hermanas. Nosotros tenemos que tirar el manto de nuestras penas y angustias, y abrigarnos con el manto de integridad, justicia y paz.

El advenimiento es precisamente esto, un gran tiempo de preparación para recibir al Señor, un tiempo de purificación espiritual, y una oportunidad para darle a Dios un lugar en nuestras vidas. Así como nos preparamos cada año para la festividad de Navidad, el Advenimiento viene como una invitación para renovar nuestra relación con el Señor y con nuestro prójimo, preguntarnos como estamos ante la presencia de Dios en nuestras vidas. Por eso el mensaje de Juan el Bautista que dirigió a sus compatriotas, invitándolos a la conversión, es urgente en nuestros tiempos también. ¿Quién puede resistir a tal llamada?

Primeramente, el Evangelio comienza por darnos detalles históricos precisos acerca de Juan el Bautista como el precursor de Jesús. El punto de estos datos históricos debería recordarnos que Jesucristo, a quien nosotros estamos esperando para su segunda venida, no es una leyenda o un mito, pero un hecho histórico. Él vivió en este mundo en un tiempo designado y en circunstancias particulares y un gobierno bien conocido.

Sin embargo, cuando la historia humana continúa y la distancia ocurre entre la primera aparición de Jesús y su segunda venida, nosotros corremos el riesgo de pasar por alto la importancia de este acontecimiento. Incluso nuestra cultura postmoderna no nos permite mantener el recuerdo de Jesús vivo hasta que él vuelva. Por esta razón es importante escuchar una y otra vez al mensaje del Bautista y actuar en consecuencia.

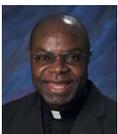
El mensaje de Juan habla de preparar el camino para la venida del Señor. Nos queda claro a cada uno de nosotros que este camino del cual hablamos no es un camino material como nuestras calles, avenidas o bulevares. Es todo sobre caminos espirituales. ¿Dónde se encuentran estos caminos espirituales? Por supuesto, en nuestros corazones. Un corazón puede parecer a un camino arido, o la calle sucia o un bulevar sin luz. Todas estas imágenes pretenden advertirnos sobre nuestro estado ante el Señor. Estos tienen la intención de invitarnos a la conversión a fin de dar la bienvenida al Señor.

Nadie tiene el derecho de decir que es demasiado tarde, o que su pasado es muy malo y que el Señor nunca podrá perdonarle. Es sólo una lucha humana en nuestra mente, pero no de parte del Señor. El Señor se alegra cuando nos acercamos a él en humildad y sinceridad, procurando normalizar nuestra relación con él. Lo que cuenta para El, no es nuestro pasado ni lo malo que pudimos haber sido, pero nuestro futuro. Este futuro es tan importante que él nos da una nueva oportunidad para un nuevo principio.

No olvidemos que no estamos esperando un bebé en el pesebre, sino mejor dicho esperamos a Jesús adulto quien ha vencido al pecado y la muerte, y quién ha prometido venir otra vez en un tiempo desconocido. ¿Si él llegara con usted, ahora mismo, estaría listo?

Lo que necesitamos hacer, amados míos, es que nos animemos unos a los otros de modo que caminemos con valor al encuentro de Jesús. Así como los compatriotas de Juan prestaron atención a su mensaje y aceptaron el bautismo de arrepentimiento para el perdón del pecado, nosotros también tenemos que dejar el pecado atrás y reconciliarnos con Dios, con nosotros y con nuestros hermanos y hermanas. Todos necesitamos ayudarnos y alentarnos para dejar tras todos los caminos que nos han llevado a la perdición. Necesitamos ayudarnos con una nueva imagen de nosotros mismos, y imaginándonos la buena imagen que causamos en los demás. Tenemos que darnos tiempo para meditar que clase de persona Dios quiere que nosotros seamos, cual es el plan de El para nosotros. Necesitamos la fe en el futuro, nuestro futuro, para ver como el poder de Dios trabaja en nuestro cambio.

San Paul en la segunda lectura nos muestra como el pueblo comenzó a cambiar cuando ellos fueron animados a ver lo mejor en ellos, y no cuando están divagando con lo peor en ellos. No tenga miedo sobre el pasado, su pasado; mantenga su mirada fija a donde el Señor le llama. El Señor nos espera, en este tiempo del Advenimiento, para aumentar nuestro amor y conocimiento de El. En nuestra cultura de cambio continuo, tenemos que discernir lo que es de valor, de modo que podamos ser puros e intachables para el día de Cristo, lleno de los frutos justicia, que nos viene de Jesucristo para la gloria y la alabanza de Dios. ¡Que Dios los bendiga todos!



Fecha de Sermón: Diciembre 10, 2006

© 2006 – Padre Felicien Ilunga Mbala

Contacto: www.mbala.org

Nombre de Archivo: 20061210homilia.pdf